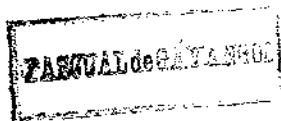


**EL CENSOR,**  
**PERIÓDICO POLÍTICO**  
**Y LITERARIO.**

---

TOMO VII.



MADRID, 1821:

En la Imprenta del *Censor*, por D. LEON  
AMARITA.

# EL CENSOR,

PERIÓDICO POLÍTICO Y LITERARIO.

---

---

N.º 39.

SABADO, 28 DE ABRIL DE 1821.

---

---

*De los acontecimientos de Sicilia en 1820.*

---

Cuando los franceses auyentaron al rey de Nápoles de su capital, y le obligaron definitivamente á establecerse en Sicilia durante la usurpacion, los habitantes de aquella isla creyeron que aquella era una ocasion muy favorable para mejorar sus leyes constitucionales, y sacudir el yugo del continente que sufrían con impaciencia desde el establecimiento de la dinastia de Borbon en el trono de las Dos-Sicilas. Sus esperanzas se confirmaron por la favorable cooperacion del ministerio inglés, que temiendo en 1811 una invasion en aquella isla, amenazada por los preparativos de Murat en Calabria, juzgó muy necesario

ligar los intereses de los sicilianos con los de la Gran Bretaña, por medio de un gran beneficio, y el lord Bentink fue enviado á Palermo con el doble objeto de acomodar á aquella isla las instituciones liberales de Inglaterra, y de asegurarle para lo sucesivo su independencia del reyno de Nápoles. El rey Fernando prometió uno y otro. Abolieronse los derechos feudales y abaciales, se publicó una constitucion y se proclamó la independencia de la Sicilia.

Cuando en 1815 fue restituido el rey de Nápoles al trono del continente, como la Inglaterra no tenia ya interes en la suerte futura de los sicilianos, y el gabinete de Austria lo tenia en que no existiesen en Italia pueblos libres, el rey de las Dos-Sicilias tuvo á bien retractar sus palabras y proclamas, anular la constitucion y convertir de nuevo la Sicilia en provincia del reyno de Nápoles. Ya se deja entender cuáles habran sido desde 1815 hasta 1821, las disposiciones de aquel pueblo, el mas osado y vengativo que existe en Europa, despues de ver engañadas sus esperanzas y retractadas tan solemnes promesas.

El descontento y la fermentacion era

general en la isla, cuando rompió en Nápoles la revolucion del 1 de julio. Los beneficios de la constitucion española se extendieron entonces á la Sicilia; pero se queria mas, se queria la independendia. El príncipe hereditario que á la sazón se hallaba en Palermo, salió para Nápoles á la primer noticia de la revolucion, dejando por su lugar teniente en la isla al general Naselli, hombre debil, y aunque siciliano, mal visto de sus compatriotas. Los ministros napolitaans, ni dieron la independendia, ni tomaron mas precauciones, necesarias para asegurar la quietud y el orden, que ocultar cuidadosamente las noticias que recibian de la corte; pero un buque inglés que llegó el 8 á Palermo, las diseminó completamente. El entusiasmo de los sicilianos se manifestó con un furor igual á la opresion que habian sufrido; y aquel mismo dia se adornaron hombres y mugeres con la escarapela tricolor de los carboneros. A esta primer alegria, escitada por la libertad de Nápoles, sucedieron bien pronto reflexiones desagradables acerca de su dependendia, y por la tarde se vió la escarapela carbonaria acompañada de la amarilla, coronada con el aguila de Sicilia.

El 15 por la mañana, día de santa Rosalía, patrona de la isla, todos los habitantes se presentaron con el distintivo nacional gritando *¡viva la constitucon de España!* *¡viva la independenciam!* A la tarde, durante la procesion y cuando los oficiales de las tropas, partícipes del gozo universal, se hallaban diseminados por todo el pueblo, adornados con la escarapela tricolor, el general Church, oficial inglés al servicio de Nápoles, y ya odioso por haber aconsejado la disolucion de las logias, se atrevió á arrancar algunas escarapelas y á amenazar á los ciudadanos que miraban su arrojio. El pueblo indignado de su insolencia y escitado por las exortaciones de un clérigo calabrés, persigue al general, y sin duda le hubiera muerto, si el general Coglitore no hubiera espuesto su vida para salvarle. Church solo tuvo tiempo para entrar en un coche, huir de la ciudad y embarcarse. El pueblo ya que no pudo vengarse en él, corrió á su casa, y á pesar de la resistencia de la guardia, quemó todos los muebles, absteniéndose de robar.

Animado por la impunidad de este primer desorden, concurrió el 16 por la mañana á la incendencia, á la secretaria y

á la casa del sello, mientras otro tumulto mucho mayor se presentó en el palacio del lugar teniente Naselli, pidiendo la independencia y la constitucion española.

Naselli promulgó un edicto en que prometia despachar al momento un correo á Nápoles con las peticiones de los palermitanos, y publicar la respuesta del gobierno cuando llegase; pero apenas se aquietó el tumulto, no pensó en cumplir su promesa. El pueblo viéndose burlado y temiendo el fuego del castillo, pidió que la mitad de su guarnicion fuese de las milicias de los gremios; y durante esta contestacion, la muchedumbre impaciente, se apoderó del castillo sin encontrar la menor resistencia; libertó á los *conscriptos* que estaban presos, y tomó posesion de 14.000 fusiles y de las provisiones de guerra que alli se guardaban. En este conflicto, el general Naselli convocó los cónsules ó gefes de los gremios, para que organizasen regimientos y velasen por la seguridad pública, que se restableció con piquetes de tropa, mandados por un noble y un consul. Se creó ademas un inspector general de la milicia cívica, y se diputaron muchos nobles á los cuarteles y arrabales

para formarla; pero hasta la noche no se les dieron las instrucciones necesarias. La reunion de la muchedumbre crecia, y manifestaba la intencion de apoderarse de los dos fuertes situados al lado del palacio real. El cardenal Gravina, arzobispo de Palermo, se presentó al pueblo acompañado de muchos nobles y otros ciudadanos distinguidos, con el objeto de persuadirle que semejante empresa irritaria á la tropa del cuartel de Santiago, preparada ya á reforzar la guarnicion de los fuertes. Consiguió impedir las hostilidades, estipulando que se uniesen á dicha guarnicion 940 hombres del gremio de los plateros.

El mismo dia por la tarde, fue el pueblo á la casa del juego, echó de ella á todos los empleados, quemó los archivos del dominio y todo lo que encontró en casa del marques Ferreri, ex-ministro de hacienda de Sicilia. Estos fueron los sucesos del 16.

Aquella noche juntó el general Naselli un consejo de siete personas en su casa, estramuros de Palermo, para decidir lo que se debia hacer en aquellas circunstancias. Este consejo le espuso, que si los ciudadanos estaban decididos á sostener su in-

dependencia, el mejor remedio era acceder á sus deseos: que el resentimiento público se habia manifestado particularmente contra las instituciones de data reciente, como el sello y la intendencia; que convenia abolirlos y proclamar su supresion en todo el reyno, para impedir semejantes escándalos en las otras ciudades. Naselli dijo á sus consejeros, que no tenia poder para mas que para hacer representaciones al gobierno. Redactaron, pues, una memoria que debia remitirse á Nápoles aquella misma noche, manifestando el voto general de los sicilianos por su independencia, y suplicando al príncipe regente que condescendiese con él. El lugar teniente la firmó; mas no la remitió ni la anunció al público por proclama. El consejo propuso tambien que se confiase á los cónsules el cargo de conservar el orden, para poder arrancar las armas de las manos del pueblo y entregarlas á ciudadanos conocidos. Antes de que se disolviese, algunos generales representaron al lugar teniente, que la tropa se daria por ofendida si no se la empleaba en reprimir los desórdenes: á lo que Naselli contestó, que ya el consejo habia decidido reunir la con la milicia de los gremios.



Esta sesion duró hasta la una de la noche.

A las dos salió, la caballería de sus cuarteles, se dirigió á la plaza de santa Teresa, y avanzó hasta la puerta nueva del palacio. Ya las tropas con diferentes pretextos habian alejado la milicia gremial de los fuertes y del palacio, y se habian apoderado de ellos. A las tres, se colocaron en posicion muchos regimientos de infanteria en la plaza de palacio, cerca de la catedral y de los archivos.

Naselli, que solo queria deslumbrar al consejo, publicó en la mañana del 17 una proclama enteramente contraria á la que se habia proyectado la noche anterior, para justificar los movimientos hostiles de la fuerza armada. El pueblo vacilaba entre el temor y el descontento. Muchos nobles y sacerdotes, y todos los cónsules aseguraban, que la actitud de la tropa, no solo tenia por objeto asegurar la tranquilidad pública; pero no era posible darles crédito viendo puestos avanzados, cañones, mechas encendidas, los fuertes en poder de los soldados, los gremiales arrojados de todos los puntos, ciudadanos sin armas heridos por la tropa, y el saqueo de Palermo prometido á esta. Esta ostentacion inesperada

de la fuerza armada, y las primeras apariencias de hostilidades, hicieron correr á las armas al pueblo indignado; y ya fue imposible á los buenos ciudadanos impedir el tumulto y la efusion de sangre.

El duque de Villafiorita, el príncipe de Maletti, don Cesar Santora, don Carlos Leone y otros ciudadanos respetables, fueron aceleradamente á casa de Naselli, le espusieron la inminencia del peligro, y obtuvieron una orden para que las tropas no hiciesen fuego. Presentáronse con él en el puesto avanzado de San Cosme, mandado por el teniente coronel Lecca, y se consiguió una suspension de hostilidades. Pasaron de allí á la catedral, y cuando estaban parlamentando con el comandante de aquel puesto, se oyeron los primeros tiros. En el mismo momento un soldado hirió en la cabeza al príncipe de Maletti que estuvo á riesgo de perder la vida, igualmente que otros ciudadanos desarmados. Ya no pudo contenerse el furor del pueblo: el combate fue general. Las guardias de las cárceles que eran paysanos, viendo á sus compañeros fugitivos, y á los soldados corriendo por toda la ciudad, degollaron no solo á los que se resistian,

sino tambien á los que estaban desarmados en las casas: abrieron las prisiones y dieron libertad á los presos. Sostenidos con este refuerzo, rechazan la tropa, se apoderan de algunas piezas de artilleria, las vuelven contra el enemigo, recobran y guarnecen los fuertes. Entre todos los del partido popular se distinguió un frayle, llamado Juakin Vaglica, que obtuvo despues el grado de coronel.

El lugar teniente Naselli, causa de tantos desórdenes y calamidades por su perfidia y debilidad, se embarcó para Nápoles, dejando la anarquía y la muerte en el recinto de Palermo. Su partida aumentó el desaliento de los soldados y la audacia del pueblo. Se entregaron al pillage los establecimientos públicos, los almacenes militares, los palacios del rey, y cuarenta mil onzas de oro depositadas en la hacienda real, se repartieron entre el pueblo. En la noche del 17 y en la mañana del 18, se rindieron prisioneras casi todas las tropas; y fueron tratadas con la moderacion que parecia imposible esperar de una muchedumbre indisciplinada.

Para atajar los males que se temian de la situacion del pueblo, los síndicos de las

corporaciones se reunieron el 18 para elegir una junta provisional, compuesta de todos los órdenes de la ciudad. Se nombró por presidente al cardenal Gravina, y por secretario general, á Cayetano Bonanno que habia sido ministro de hacienda. Las primeras ocupaciones de la Junta fueron conceder una amnistia general, formar la milicia civica, y organizar la fuerza armada, segun el plan que le presentó el general Requesens.

En la sesion del 23, con el consentimiento unánime de los 73 cónsules, decretó enviar á Nápoles una diputacion compuesta de ocho individuos de la Junta, que fueron el príncipe de Pantellaria, el conde de San Marco, el doctor don Gaspar Vaccari, el duque de Gumia, los curas Sozzi y Marino, y los cónsules don Francisco Santoro y don Mercurio Tortorici. Esta diputacion iba encargada de esponer á S. M. los acontecimientos de Palermo, y de manifestarle el voto unánime de la Sicilia por la independenciam y por la constitucion de España. Otras diputaciones se enviaron á Mesina, Catania y Trapani, y circulares á las demas ciudades, exhortándolas á hacer causa comun con Palermo.

El 24 de julio llegó de Nápoles el príncipe de Villafranca, que fué recibido en triunfo. El cardenal Gravina le cedió el puesto de presidente. Casi al mismo tiempo llegaron al puerto dos fragatas y dos bergantines napolitanos. La Junta y los cónsules decretaron unánimemente que el marques Amorosi, acompañado de tres cónsules, parlamentasen con el comandante de aquellos buques, que era el capitán Juan Bausen. Este pidió permiso para entrar en el puerto, y que se diese libertad á los soldados napolitanos que habia en Sicilia, asegurando al mismo tiempo que las intenciones del príncipe vicario general, eran pacíficas. La Junta respondió, que tendria con respecto á los prisioneros toda la solitud que exige la humanidad, y que ya habian despachado á la corte una diputacion. Negósele la entrada en el puerto.

Desde el 23 se habia dado á los soldados prisioneros el hospital de San Francisco Javier, preparado ya para alojarlos cómodamente, y el príncipe de Pandolfina estaba encargado de que se les tratase como era debido, á cada uno segun su grado. Dióse permiso para salir de la isla á todos los napolitanos que residian en Sicilia, ya como particula-

res, ya como magistrados, y que no habian tomado parte en las últimas turbulencias. Las cartas del presidente don Domingo Montone, y del fiscal don Felipe Carrillo, el príncipe de Villafranca, prueban que son exageradas las noticias que se dieron entonces acerca de los malos tratamientos que sufrieron los napolitanos. Tambien se exageró mucho el número de las víctimas de aquel movimiento popular: pues habiendo decretado la Junta en 24 de julio dar un resarcimiento á las familias de los que habian sido heridos en los dias 15, 16 y 17, lo que debió producir declaraciones exactas, se conoció que los muertos no pasaban de 53 y los heridos de 66.

El 26 dirigió la Junta una circular á las demas ciudades de la isla, incitándolas á nombrar representantes para formar el congreso, especificado en la constitucion española. El 3 de agosto publicó una proclama en respuesta de la del príncipe vicario general, que exhortaba á la sumision los pueblos de Sicilia. Al mismo tiempo se continuaba el armamento con actividad. Reuniéronse doscientos pueblos á Palermo: la toma de Calatanissetta hizo nulos los esfuerzos de Mesina, eterna rival de la

metrópoli: casi al mismo tiempo se nombraron en toda la isla diputados para la junta provisoria. Las ciudades de Celafú, Bisacquino, Carini, Calatagirone, Ficarra, Aidone, Licasta, Marsala, Traina y Mistretto, fueron las primeras que nombraron representantes para el cuerpo legislativo: de modo que la Junta se halló en breve autorizada por gran parte de la nacion. Constituyó la fuerza militar, recibió dones patrióticos, regularizó la percepcion de contribuciones, nombró las autoridades civiles, y declaró que todos los empleados eran militares. Al mismo tiempo se daban buenas esperanzas en Nápoles á los diputados sicilianos, y pasaba á Sicilia el general don Florestan Pepé, conocido por la dulzura de caracter, con instrucciones que correspondian á las esperanzas de la diputacion. Una de ellas era que *se accediese á la independenciam del reyno y parlamento de Sicilia, siempre que el resto de la isla acceda á los votos de los palermitanos*. La misma promesa habian hecho de palabra los ministros de Nápoles á la diputacion que llegó á Palermo, el 8 de setiembre. El 11 se hizo saber al público que S. M. concedia á la Sicilia la independenciam, con

tal que se probase que de toda la isla la descaba : que los sicilianos tendrían un parlamento particular , y gozarían de todas las libertades de la constitucion española; y que para dar mas garantía á las instituciones de entrambos reynos, se adoptaría un reglamento general, relativo á la fuerza armada, al cuerpo diplomático y al decoro de la familia real , comun á entrambos reynos.

El mismo día se nombró una comision que propusiese los medios de restablecer la paz y de estipular con el general Pepé; se dió orden á las tropas acampadas en los diferentes puntos del reyno , de abstenerse de toda hostilidad, sin dejar sus posiciones militares , y se nombró una diputacion para salir al encuentro á la escuadra napolitana , y traer de vuelta á Palermo la señal de la paz ó de la guerra.

El general Pepé desembarcó el 15 en Melazzo con cuatro mil hombres : los ocho diputados se le presentaron al momento; pero él, ateniéndose á sus instrucciones, se negó á parlamentar hasta el restablecimiento del orden ; manifestó su intencion de marchar á Palermo, y el deseo de tener en Termini una conferencia con el príncipe de Villafranca.



La Junta, despues de una discusion muy acalorada, decretó enviar al general una diputacion compuesta del presidente y otros siete individuos. Estos se embarcaron para ir á Termini, y corrieron grandes peligros en la mar : pues una barca cañonera de los napolitanos, las disparó cinco cañonazos con metralla : al fin pudieron aportar aquella ciudad, y arreglaron con el general las condiciones de la capitulacion. Pepé adhirió verbalmente á muchos artículos ; pero, aunque prometió observar escrupulosamente el tratado, no quiso firmarlo, dando por pretesto, que *los súbditos deben rendirse á su soberano; pero no capitular con él.* Añadió que iba á marchar á Palermo con su ejército, y suplicó á los diputados que hiciesen publicar aquella convencion, entregar las fortalezas y los cañones, y retirar las tropas : prometiendo por su parte, que no se egercerian venganzas en la ciudad de Palermo.

Los diputados, no pudiendo volver á Palermo por mar, á causa de una tempestad, y siendo peligroso el camino de tierra por la anarquía que reynaba en todos los puntos de la isla, enviaron un hombre de confianza para que diese parte del tratado

á la junta provisional, con una carta del presidente, en la que insertaba su oficio al general Pepé, disuadiéndole de ir tan pronto á Palermo, y manifestándole el temor de la reaccion del populacho.

En la sesion del 24 de noviembre, ademas de aquellos documentos, se leyó una carta del presidente á don Manuel Requesens, comandante general, en que le recomendaba la pronta egecucion de las medidas de seguridad. Por mas divergencia que hubiese en las opiniones de los individuos, todos convenian en la dificultad de persuadir al pueblo, que las tropas no se acercaban con intenciones hostiles. Para preparar los espíritus á la mudanza que iba á verificarse, se resolvió publicar las dos cartas del príncipe de Villafranca; y la proclama del general Pepé, fecha en Termini el 22. Pero ni estos documentos, ni las exortaciones de los hombres instruidos, bastaron á desvanecer la idea que el pueblo tenia de la traicion de los diputados.

La desconfianza aumentó, cuando supo el resultado de la sesion del 24. Los cónsules que habian suscrito á las determinaciones de la Junta, perdieron absoluta-

mente su influencia y autoridad. Los buenos ciudadanos miraban en los documentos publicados el fin de las agitaciones, y la confirmacion de sus esperanzas: los malvados se aprovechaban de aquella ocasion, para esparcir temores, sublevar los espíritus, y escitar las pasiones. Se formaban corrillos en todas las calles: se gritaba contra las disposiciones de la Junta: decian que *la paz era muy buena; pero que las tropas napolitanas no debian avanzar*. Añadían que la Junta queria entregar la ciudad al general napolitano, para que se vengase del pueblo y de todos los que habian tenido parte en los sucesos del 16 y 17 de julio: estos, ya por temor, ya por no perder el imperio que egercian, se oponian á toda reconciliacion.

El caballero Requesens no dejó por eso de cumplir las órdenes de la Junta. En la mañana del 25, se dió orden á los fuertes de no cometer hostilidades contra las tropas napolitanas, y de cederles cuando llegasen las guardias de los puestos. La misma orden se comunicó á la artillería. En todas partes fueron mal recibidas estas órdenes. El lazo de la disciplina estaba relajado, las tropas dispuestas á la resis-

tencia : todo anunciaba un gran desastre.

Ya los napolitanos se habian acantonado en Misilmeri y en las cercanías. Esta noticia contuvo á los mas ; pero inflamó á los descontentos. El general Requesens dió orden de traer á la ciudad 4 cañones que habia en el regato de los corsarios, para impedir que el pueblo usase de ellos contra los napolitanos ; y para no aumentar las sospechas , los dejaron abandonados junto á una puerta de la ciudad sin guardarlos. La curiosidad atrajo gente : era domingo : no se hablaba mas que de los cuatro cañones : todos preguntaban para qué los habian traído allí : el gentio se aumentaba , y no faltaba mas que una voz para poner aquella masa en movimiento.

La guardia civica , que ocupaba siempre sus puestos, se acercó para separar la multitud, y disparó algunos tiros. Los ánimos se irritaron ; la desconfianza , que ya era general contra los civicos , adquirió nuevas fuerzas ; el pueblo entró amotinado en la ciudad , con intencion de desarmar la tropa. Manifestóse la mayor agitacion en todas partes ; pero no hubo suceso decisivo, sino que los cañones quedaron en poder de los del barrio de Kalsá. La superioridad

que este refuerzo daba al populacho, desalentó á los buenos ciudadanos. Aquella noche fué atacada la guardia cívica; pero su resistencia enérgica y las centinelas numerosas que mantuvieron la comunicacion entre todos los puestos, hicieron concebir mejores esperanzas para el día siguiente.

Pero apenas amaneció, cuando un movimiento general se levantó de todas partes contra los cívicos. Los cañones, de que el pueblo se habia apoderado, corrían de puesto en puesto. La guardia no era bastante numerosa para resistir: retiraronse los tímidos y los cansados: los débiles é inciertos nada hacian. No habia quien mandase, los que aun resistian, solo escuchaban la voz de su deber.

Los primeros puntos de ataque, fueron el barrio de Carminello y la casa del príncipe de Villafranca. Este habia comprado muchas armas para los regimientos sicilianos que se habia pensado formar. Los málévolos digeron al pueblo, que el príncipe las guardaba para los napolitanos. Esto bastó para que atacasen aquel palacio. Durante dos horas los buenos ciudadanos defendieron aquel punto, y aun se apo-

deraron de un cañon; pero la multitud y el furor crecian: los cívicos pidieron refuerzo á la seccion vecina. Muchos hombres se acercaron con un cañon, como para darles socorro; pero apenas tomaron una posicion conveniente, le volvieron contra ellos, y les obligaron á retirarse. Entraron en el palacio: no encontraron las armas: pero robaron todos los muebles.

Todos los puestos cívicos tuvieron que rendirse, á pesar de su resistencia que fué vivísima en la puerta de Maqueda. Despues de ocho horas de combate, en que perecieron muchos ciudadanos, quedó la victoria por el populacho; y sin duda su desgraciado triunfo hubiera ocasionado mayores desastres, si la repentina llegada del general Pepé, no hubiera obligado á aquella muchedumbre indisciplinada á defender la ciudad. Su primer ataque contra los napolitanos fué terrible; é hicieron tanto daño en la linea enemiga, que la obligaron á replegarse hasta el regato de *los Corsarios*, y á apoyar su ala izquierda en la montaña de Menzagno. La escuadra napolitana no pudo sostener al ejército de tierra; porque durante cuatro

dias el fuego de los puertos y de las cañoneras sicilianas, la tuvieron separada de la costa. El general Pepé se aprovechó de la noche del 26, para ocupar una quinta del príncipe Católica, cercana á la puerta de los griegos, el jardín público, el de las plantas, las fortalezas y los bastiones.

Los palermitanos dieron el 27 un ataque tan formidable en todos los puntos, que obligaron al enemigo á retirarse segunda vez. Los habitantes de Menzagno, Carini, Paixo y Monreal, y un cuerpo de 300 á mil paysanos de Agliastro, Misilmeri, Bellifрати, Menzajuso, y Vicari, le incomodaron mucho en su retirada, que se verificó por la noche: y mas le hubieran incomodado, si la explosion de la fábrica de pólvora de Misilmeri no hubiera muerto á muchos paysanos y ahuyentado á los demas. Un cuerpo napolitano de 900 hombres, que venia de Trapani á Monreale, fué derrotado en Alcamo, y perdió la caja militar, la artillería y todo el bagage. Estos reveses movieron á Pepé á enviar parlamentarios. Pero segun el desorden, que reinaba en la ciudad, no habia autoridad constituida

legalmente, con la cual se pudiera tratar. El pueblo arrestó á algunos de los parlamentarios, entre ellos al mayor Cianciulli, que fué el que aconsejó al general la marcha precipitada sobre Palermo. La Junta no existia ya; por lo cual fué conducido el mayor á casa del príncipe de Palermo, que gozaba de mucha popularidad, y que desde este momento dirigió los negocios. Conferenció con el general napolitano, el 5 de octubre firmó con él, á bordo de la goleta inglesa *The Racer*, un tratado, segun el cual *los napolitanos ocuparían la ciudad, y á los sicilianos se les concedía el derecho de decidir á pluralidad de votos, si su parlamento debía unirse, ó no, al de Nápoles.*

Palermo abrió sus puertas. Pepé ocupó todos los fuertes, dejando acampada fuera de la ciudad una parte de sus tropas. Algunos facciosos, atribuyendo esta medida á temor las atacó desordenadamente; pero la caballería los dispersó con prontitud; y quedó restablecido el orden. Pepé formó una nueva junta provisional, nombrando por presidente al príncipe de Palermo, y envió á Nápoles la noticia de cuanto habia pasado.



Bien sabido es de qué manera fué recibida en Nápoles aquella capitulacion. El parlamento la anuló, y si el general Pepé fué declarado benemérito de la patria, fué atribuyendo la concesion que habia hecho, á *ardid militar*, que los sicilianos calificaron con el nombre de perfidia. Pero Pepé se libertó de esta acusacion, negándose á aceptar las distinciones con que el gobierno le quiso condecorar, y manifestando que no habia obrado sino en virtud de las instrucciones recibidas, ni concedido ningun articulo que no estuviese dentro de los limites de dichas instrucciones.

El general Colletta, sucesor de D. Florestan Pepé, dió órdenes muy severas, impuso una fuerte contribucion, y mandó que se procediese á la eleccion de diputados para el parlamento de Nápoles. Los palermitanos, constantes en la defensa de su independendia, no quisieron intervenir en los colegios electorales de parroquia. Todas las clases de la ciudad se negaron á un acto, que creian destructivo de la libertad pública. Entónces el general Colletta mandó á los empleados del gobierno, que formasen aquellos colegios bajo pena de destitucion. Los diputados,

nombrados de este modo, contra el voto de sus conciudadanos, no se creyeron autorizados para aceptar; y las diputaciones enteras de Palermo y Girgenti enviaron al parlamento napolitano su dimision. En este estado peligroso de animosidad ha encontrado á los dos pueblos la catástrofe de Nápoles.

Dos motivos nos han obligado á publicar la narracion de estos sucesos. El primero, que no se han conocido con la exactitud necesaria para la verdad histórica; y el segundo, por desvanecer un error bastante general, y en que nosotros tambien, fiados en las relaciones de los papeles franceses, hemos incurrido. Se ha creido, que la insurreccion siciliana fué *asistocrática*, promovida por los barones de la isla para conservar sus privilegios, y sostenida por un pueblo ignorante, venal y esclavo. Pero los documentos, que hemos tenido á la vista, prueban que el motivo de aquella insurreccion fué mas noble. Al grito de *viva la independenciam* se unió siempre el de *viva la Constitucion de España!* Es falso, pues, que los sicilianos desearan la Constitucion inglesa de Bentinck. Su objeto principal era libertar

su isla de la influencia napolitana; mas no por eso querian renunciar al beneficio de sus gobernados por la Constitucion española.

En esta narracion nos hemos contentado con esponer los hechos, absteniéndonos de toda calificacion, que el lector podrá hacer por sí mismo. La que nos parece que hará la historia, es la siguiente. Tan reprehensibles son los napolitanos en haber querido tratar á la Sicilia como á una provincia de su monarquía, como los sicilianos en haber suscitado una guerra civil en momentos tan críticos. La decision de la independendencia de la Sicilia, debió haberse reservado á tiempos menos peligrosos: unos y otros debieron hacer una transaccion interina, y armarse en el momento para la defensa de la patria comun. La pérdida de tres meses que se gastaron en operaciones diplomáticas y militares, para decidir aquella cuestion importante, fué muy funesta á la causa de la libertad.